

El concurso de relatos de la SEV

En este número de la revista *Virología* estrenamos una nueva sección, que recoge el relato ganador y el finalista de la primera edición del concurso “VIRALES”. Este certamen de relatos breves, dirigido a socios de la SEV menores de 30 años, fue convocado en mayo de 2018. Según se indicaba en sus bases, los relatos deberían ser de ficción, inéditos y con una extensión inferior a las 1000 palabras. En ellos, los virus o la virología tendrían que aparecer como inspiración, como parte de la trama o como argumento principal.

Tras leer todos los originales presentados, el jurado, formado por cuatro

miembros de la Junta Directiva de la SEV, acordó elegir como ganador al relato “KARMA”, de Daniel Rodríguez Martín, y finalista al relato “10.0.3.8”, de Aroa Arbolea. Tal como se comunicó a los socios en octubre de 2018, el autor ganador ha recibido además un premio en metálico de 100 euros, y disfrutará de una inscripción gratuita al XV Congreso Nacional de Virología, que se va a celebrar en Barcelona entre los días 9 y 12 de junio de 2019.

Desde la revista *Virología* felicitamos a ambos autores y animamos a los socios jóvenes a que presenten sus relatos a próximas ediciones de este concurso.

KARMA..... de Daniel Rodríguez Martín

Se oye un murmullo sordo de fondo. ¿Se dejó Paco la tele encendida anoche? Seguro que sí, siempre se la deja. Es un desastre de hombre, aunque buen compañero de piso. Y de poyata. ¿Qué hora será, las diez, las once? Habrá que levantarse para ir al laboratorio, las *inmunos* no se hacen solas.

Al abrir los ojos para levantarme de la cama me quedo inmóvil. No estoy en mi habitación, sino en una especie de callejón, junto a unos contenedores de basura. En la pared de uno de los muros se lee “Hepatocito 458-RTA-142, sistema de excreción”. Lo último que recuerdo es estar en el salón, brindando con Paco –Mañana se resuelve el contrato, ¡que gane el mejor! –me decía. ¿Nos fuimos de copas después? No recuerdo, pero da igual, hay que salir de aquí, donde quiera que esté.

Llego a la boca del callejón y me asomo a la calle. Está llena de polvo y escombros, y ni un solo coche. Algunos edificios están derrumbados por completo, otros tienen boquetes en las fachadas a través de los cuales se puede ver el interior de las habitaciones. Veo a un grupo de cinco o seis personas correr calle arriba. Del otro lado se oyen tiros. Pero, ¿dónde estoy? Me vienen a la cabeza las imágenes del telediario sobre la guerra en este o aquel otro país. Avanzo hacia el centro de la calle para intentar alcanzar a uno de los hombres que, rezagado, cojea siguiendo a los demás. Quiero saber qué pasa, dónde estoy. ¿Hablará mi idioma? Al aproximarme a él, me mira con pánico y corre con aún más fuerza, desapareciendo en la siguiente bocacalle.

¿Cómo he llegado hasta aquí?, porque está claro que esta no es mi ciudad. ¿O sí? A lo mejor hemos entrado en guerra y ni me he enterado, tantas horas centrada en el laboratorio para conseguir el dichoso contrato postdoc... ¡es que si no me lo dan estoy muerta, después de todo lo que he trabajado! Recobro aliento apoyada sobre un coche cruzado en mitad de la calle. De pronto oigo a gente aproximarse. Me

escondo detrás del coche, no me da tiempo a buscar refugio en otro sitio sin riesgo de ser vista. Me asomo y veo que son soldados, fusil en mano, y vienen hacia mí. Los veo pasar uno a uno, dejándome a su espalda. Cuando ya parece que han pasado todos me levanto dispuesta a correr y, de pronto, al girarme, casi me choco de cara con un soldado que no había visto. Me quedo inmóvil. Ahora sí que puedes darte por muerta, Clara.

El soldado me mira fijamente y me agarra con fuerza del brazo... ¡por Dios que sea rápido y sin mucho dolor! –¡Vamos camarada, avancemos!– me dice con cara cansada pero sonriente. –El hígado ya está tomado, nos reclaman en las mucosas nasofaríngeas. ¡Queremos ser el primer regimiento en llegar hasta allí! –.

Dudo un segundo, pero me pongo en marcha con ellos. Frente al cristal de un escaparate veo mi reflejo. Estoy vestida de militar. ¿Así que soy una de ellos? Marcho durante un par de horas por calles desiertas, intentando evitar que nadie hable conmigo. Llegamos a lo más alto de una colina sin edificios que acaba abruptamente en un barranco. Los soldados empiezan a vitorear y a gritar consignas. Me asomo con cuidado. No se ve nada, sólo un vacío infinito del color del cielo. *Finis terrae*.

En ese instante el suelo comienza a temblar bajo nuestros pies. –¡Expectoración!– gritan, y todos los soldados se tiran al suelo. No me da tiempo a imitarlos y noto que salgo despedida hacia el vacío. Doy vueltas de un lado a otro hasta que golpeo contra algo, rebotando varias veces más hasta detenerme.

No sé dónde estoy pero veo a Paco como un gigante, desde lo alto. Está postrado en una cama, en pijama, en lo que parece una habitación de hospital, pero con una puerta neumática al fondo como las de nuestra sala NCB4 del laboratorio. Apesta a heces y sangre. Está delgadísimo, casi un cadáver, y tiene toda la piel llena de erupciones. Al instante reconozco las lesiones. Junto a él otro gigante de pie, con un traje Tychem®. La confesión de Paco a continuación, me deja fría.

–Antes de morir necesito contarle esto a alguien. No me voy a quedar tranquilo si no lo digo, y ya me da igual–. Paco tose con fuerza, y en la comisura de la boca se ve sangre. Respira con mucha dificultad. –Soy un asesino. Maté a mi amiga Clara. Me la quité de un plumazo para conseguir el contrato postdoc por el que competíamos. Pensaba que todo vale. Ironías de la vida, me está matando el mismo virus que estudiábamos los dos, el Ébola. Debe ser el karma–.

De repente, una imagen en mi cabeza. Él, sonriendo, en nuestro salón –¡Que gane el mejor!–, y yo bebiéndome el vaso de una sentada mientras me mira... ¡qué sinvergüenza! Tras mucho rato pensando, intentando entender, doy por buena la hipótesis de la reencarnación. A mí me ha tocado ser virus. El mismo con el que Paco y yo trabajábamos. Y el mismo en el

Daniel Rodríguez Martín, doctorando en CISA-INIA



que me he convertido en la siguiente vida. A otros les toca ser saltamontes, yo qué sé. Cosas del karma, como dice Paco.

Noto cómo me deseco, me quedan unos segundos de vida (si es que un virus se puede considerar vivo, cosa sobre la que no me apetece reflexionar en este momento). ¿En qué me gustaría reencarnarme ahora? No tengo la menor duda, quiero volver a ser científica. Ya sé lo que estarás pensando: tantos sacrificios, sinsabores, preocupaciones... ¿para qué? ¡Y de la financiación ni hablemos, a la tumba me ha llevado! Pero mira, como le dije a mi madre cuando me preguntó que por qué insistía en seguir trabajando en esto, pudiendo tener un trabajo mucho más estable y mejor remunerado: “mira, mamá: yo, pobre, pero científica”.

10.0.3.8.....de Aroa Arboleya

Corría el año 2022 a las afueras de Heidelberg, Alemania. Una hermosa casa señorial se dibujaba al fondo de un descuidado jardín. Ana, aún aturdida por el viaje y cargada de maletas, empujó la puerta de la verja de hierro que daba acceso a la mansión. Comenzaba una nueva etapa en su vida. Recién doctorada en Biología Molecular y Biomedicina, había decidido aceptar una posición postdoctoral lejos de casa. Estaba dispuesta a enfrentarse a nuevos retos en un lugar totalmente desconocido, pero lo que no se esperaba es que al mudarse a esa casa, iba a tener en sus manos cambiar el futuro de la humanidad.

A primera vista, la casa parecía demasiado lujosa y amplia para haber sido tan barata. Empujó la enorme puerta de madera y se adentró en el interior. Se notaba que la mansión había estado deshabitada durante mucho tiempo: telas de araña adornaban las lámparas y el olor a moho inundaba la estancia. No quería ni imaginarse cómo estaría el colchón donde le tocaría dormir al menos la primera noche. Se dio un paseo por las diferentes habitaciones. En el salón encontró varios muebles y enseres tirados, totalmente descuidados. Decidió sacar su kit de limpieza y empezar a adecentarlo todo un poco. Necesitaba hacer de esa vieja mansión un hogar.

En uno de los armarios, entre mantas polvorientas y ropa bastante pasada de moda, encontró una maleta. En ella había fotos y cartas fechadas entre los años 30 y 40, coincidiendo con la II Guerra Mundial. No era la típica maleta que alguien tira a la calle para deshacerse de ella. Todo ella parecía realmente importante. En las fotos, aparecían repetidas dos personas: un hombre esbelto vestido con la indumentaria del ejército alemán y un posible médico o químico vistiendo una bata y una máscara antigás.

Ana no consiguió entender qué decía en ninguna de las cartas. La tinta se había medio borrado por el paso del tiempo y, además, no parecían escritas en alemán sino en una especie de código secreto. Solamente se distinguía en una esquina la esvástica típica de la Alemania nacionalsocialista. Mirándolas más detenidamente, podía ver cómo aparecía varias veces un número compuesto de la misma manera pero variando sus cifras: “10.0.6.5”, “20.0.8.3”, “13.0.10.1”... Le picaba la curiosidad pero prefirió esperar y seguir jugando a los detectives más tarde.

Casi medianoche y todavía seguía limpiando la cocina. En la despensa aún había algunas latas oxidadas, un premio para quien quisiera contraer el tétanos. Las fue tirando a la basura, una por una. Tras levantar la más escondida, vio que tapaba un pequeño interruptor rojo. Lo pulsó sin dudar. El fondo de piedra de la despensa se desplazó hacia la izquierda, mostrando unas escaleras que se hundían en la oscuridad. La casa parecía cada vez más el lugar idóneo para grabar una película de terror. Encendió la linterna de su móvil, agarró fuertemente la escoba y descendió por las escaleras.

Al llegar al sótano, levantó una palanca metálica que había en la pared confiando que fuera la luz. La estancia se iluminó, dejando ver lo que parecía un antiguo laboratorio. En un extremo, había una mesa llena de libros y papeles pegados por la pared con cálculos, fórmulas y dibujos indescifrables. Al fondo, una camilla como la que utilizan en EE. UU. para llevar a cabo la pena de muerte. También se podía apreciar un gran congelador a $-80\text{ }^{\circ}\text{C}$.

Empezó a hurgar entre los múltiples papeles y descubrió el código que necesitaba para leer las viejas cartas que había sacado de la maleta. Subió corriendo a buscarlas y comenzó a descryptar el mensaje. A grandes rasgos, pudo entender que en aquella casa se habían realizado experimentos con seres humanos con el fin de conseguir volver inmortales a los soldados del ejército nazi. Así, hubieran podido hacer frente a una guerra bacteriológica. Para ello, habían conseguido generar un virus recombinante partiendo de una alícuota de la temida gripe española de 1918.

Los números que aparecían en múltiples ocasiones en las cartas correspondían al número de sujetos utilizados en el experimento, al número de supervivientes, al número de viales que les quedaban del virus y al número del experimento; todos ellos separados por un punto. Se podía ver que nunca habían conseguido ningún superviviente tras la infección. El último número escrito en la carta era el "10.0.3.8", lo cual le hizo pensar a Ana que aún debería haber tres viales sin usar. Se acercó al enorme congelador y lo abrió tras varios intentos. Rascó el hielo acumulado con un trozo de madera y pudo ver que dentro había una caja metálica así como otros compuestos cuya etiqueta era ilegible. Una corazonada le hizo pensar que esa caja era lo que estaba buscando. Corrió a la cocina a por unos guantes de limpieza y sacó la caja. Con sumo cuidado, la abrió y pudo ver que contenía tres tubos de cristal en perfectas condiciones.

Ana estaba experimentando una mezcla de emociones en ese momento, entre entusiasmada por su descubrimiento y estupefacta porque no podía creerse lo que le estaba pasando. Tomó la decisión de guardarlos y llevárselos a su nuevo laboratorio cuando estuviera establecida.

Había llegado el momento. La intriga la estaba carcomiendo por dentro. Estaba preparada para tomar una pequeña muestra y cotejarla con el virus de la gripe. Sin embargo, justo en el mismo instante cuando estaba abriendo el vial, comenzó a pitar el incubador de procariotas. No se lo esperaba. Pegó un bote del susto. El vial se le cayó y se rompió en mil pedazos derramando la muestra por toda la cabina de flujo laminar. Error fatal. Intentó cerrar la cabina y encender el ultravioleta, pero era demasiado tarde. Notaba cómo empezaba a ahogarse y perder la consciencia. Sin darse cuenta, acababa de desencadenar una nueva pandemia de un virus totalmente desconocido. La curiosidad y el ansia mataron al gato, como consecuencia de no haber mandado los viales a un laboratorio de bioseguridad de nivel 4.



Aroa Arboleya, doctoranda en Instituto Biofísica (EHU/UPV, CSIC)

